



“Apareció una figura maravillosa en el cielo: Una mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas”.

(Apoc.11)

Lectura del santo evangelio según san Lucas (1,39-56):

En aquellos días, María se puso en camino y fue a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre.

Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.»

María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia –como lo había prometido a nuestros padres– en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.»

María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa.



El Papa nos dice...

“Contemplemos a María que, habiendo iniciado la gestación de Jesús por obra del Espíritu Santo, va a visitar a la anciana Isabel, quien también esperaba un niño, Juan Bautista, de forma milagrosa. En este encuentro, María expresa su alegría con el cántico del Magnificat, pues tiene conciencia del significado de las grandes cosas que se están realizando en su vida: por medio de Ella se cumple la espera de su pueblo. Además, el Evangelio nos muestra el verdadero motivo de la grandeza de María y de su felicidad: el motivo es la fe. De hecho, Isabel la saludó con estas palabras: “Feliz Tu por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor” (Lc 1,45). La fe es el corazón de toda la historia de María; Ella es la gran creyente, sabe --y lo dice-- que en la historia pesa la violencia de los prepotentes, el orgullo de los ricos, la arrogancia de los soberbios. Aun así, cree y proclama que Dios no deja solos a sus hijos, humildes y pobres, sino que les socorre con misericordia. Esa es su fe. Y es solo por la misericordia del Señor, motor de la historia, que María no podía “conocer la corrupción del sepulcro puesto que ha generado al Señor de la vida” Mas todo esto no tiene que ver solo con María. Las “cosas grandes” hechas en Ella por el Señor nos tocan profundamente, nos hablan de nuestro viaje en la vida, nos recuerdan la meta que nos espera: la casa del Padre. Nuestra vida, vista a la luz de María asunta al Cielo, no es un deambular sin sentido, sino una peregrinación que, aún con todas sus incertezas y sufrimientos, tiene una meta segura: la casa de nuestro Padre, que nos espera con amor. Es bonito pensar que tenemos tanto un Padre como una Madre que nos esperan con amor. Mientras transcurre la vida, Dios hace resplandecer “para nosotros, su pueblo peregrino, un signo de consolación y de esperanza segura”. Ese signo tiene un rostro y un nombre: el rostro luminoso de la Madre del Señor, la llena de gracia. Como miembros de la Iglesia, estamos destinados a compartir la gloria de nuestra Madre.

LA DORMICION DE NUESTRA MADRE MARÍA



Hay, en Jerusalén, dos basílicas dedicadas a la Asunción de María. Una, pequeña y modesta en su fachada, pero hermosa por dentro, está al lado del huerto de Getsemaní, cerca de la basílica de la "Agonía". En su interior está la cripta de una primitiva iglesia bizantina, de finales del siglo IV, durante el reinado de Teodosio el Grande (379-395). Se cree que en este lugar yació el cuerpo de la Virgen María antes de ser asunta a los cielos. La otra iglesia, ubicada en el Monte Sion, es una de las iglesias católicas más grandes de Jerusalén, y es conocida como "La iglesia de la Dormición", y pretende recordar y celebrar el "tránsito" de la Virgen de este mundo al otro. Está a unos cuantos pasos del Cenáculo, en donde el Señor celebró la

Última Cena. Otra tradición dice que María murió en Éfeso, bajo el cuidado del apóstol Juan. Pero no consta, ni parece verosímil que la Virgen se fuera a una ciudad tan lejana, ya anciana, siendo que en Jerusalén tendría muchos de sus familiares. Además, la antiquísima veneración del sepulcro de la Virgen en Getsemaní y la celebración de la fiesta de la Dormición de María en Jerusalén inclinan la balanza hacia esta afirmación. Sea como sea, el hecho es que, desde muy antiguo en la Iglesia, ya se hablaba del "tránsito" de la Santísima Virgen, de su "dormición" temporal y de su "asunción" a los cielos. Y, sin embargo, aunque era una creencia general del pueblo cristiano, la Iglesia solo se pronunció hasta el año santo de 1950, cuando Pío XII dijo solemnemente: "Proclamamos, declaramos y definimos que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial".



La Asunción de María no se contiene de modo explícito en la Biblia, pero sí implícitamente en el Apocalipsis, capítulos 11 y 12. Fueron los Padres y los teólogos de la primitiva iglesia y la persuasión de todo el orbe católico acerca de la excelsa santidad de María, pura e inmaculada desde el primer instante de su concepción; el privilegio singularísimo de su divina maternidad y virginidad y su unión íntima e inseparable con Jesucristo, desde la Encarnación hasta la Ascensión de su Hijo al cielo... argumentos, desde los inicios, más contundentes para creer que Dios no permitiría que su Madre se corrompiera en la oscuridad del sepulcro. Ella no podía sufrir las consecuencias de un pecado que no había conocido jamás. "Con razón no quisiste, Señor —reza nuestra Iglesia en la fiesta de la Asunción— que conociera la

corrupción del sepulcro la mujer que, por obra del Espíritu, concibió en su seno al autor de la vida, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro". La Asunción de nuestra Madre María constituye, además, una participación muy singular en la Resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección y del triunfo definitivo de los demás cristianos, hijos suyos.



Séneca, pensador del siglo I, decía: “Este día que tanto temes por ser el último, es la aurora del día eterno”. Y en el siglo XXI, el Papa Benedicto acotaba: “Si nos atrevemos a creer en la vida eterna, a vivir para la vida eterna, veremos cómo la vida se torna más rica, más grande, libre y dilatada”. Como cristianos somos llamados a creer en la vida eterna no como una fábula, un mito, un cuento para niños buenos. La vida continua después de esta peregrinación por esta tierra, pues “la vida no muere, se transforma... es verdadera, es real. No todo termina con la muerte. ¡Somos llamados por el Señor a una vida por siempre! Y es desde esta perspectiva que

leemos el consejo de no acumular tesoros en este mundo donde todo pasa, sino almacenar para el arca del cielo. Desde esta visión, comprendemos la recomendación del Señor a estar preparados y en vela para cuando nos llame. Y la mejor forma para estar preparados es ser fieles al Señor. Más, ¿qué significa ser fiel? ¿Somos fieles a los compromisos frente al Señor y frente a todos nuestros hermanos?



RINCON MISIONERO ¡MARÍA MISIONERA!

Contemplemos a María partiendo sin demora a la casa de su parienta Isabel a compartirle la alegría de haber sido elegida por Dios para ser la madre de su Hijo. Esa alegría la llevó a ser y convertirse en una gran misionera. María caminó días para encontrarse con Isabel, de quien también el ángel le había dicho que “aquella que era considerada estéril ya estaba en su sexto mes de embarazo”. A la mujer que no podía engendrar el Señor le permitió y le

dio la gracia de ser madre. Esta alegría lleva a María a compartirla con Isabel y a todos aquellos que se le van cruzando en el camino. Por eso llamamos a María misionera. Ella no se guarda para sí esa palabra que el Señor le ha regalado. Y en este encuentro, contemplamos la bondad de Dios que está ahí presente, marcando el camino, llamando y eligiendo para una nueva misión a cada uno de sus hijos. Por eso cuando se encuentran le dice Isabel a María: “Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que la Madre de mi Señor venga a visitarme?”. Y María responde: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador...” Cántico hermoso que para nosotros tiene que ser inspirador. Cada día estamos llamados a proclamar la grandeza del Señor en nuestra vida, en nuestra historia. Por eso, hagamos nuestro propio cántico, diciendo quizás: “Proclama mi alma tu grandeza Señor, porque me has regalado el don de la vida adornada de tantos dones y talentos y me llamas para la misión de anunciarte, de llevarte a todos los hombres”.

REFLEXIONES EN TORNO A MARÍA



“En la Visitación dos personas se juntan. María llevaba a Dios dentro de Ella y ambos les trajeron alegría a Isabel y a Juan, que estaba en su seno. Siempre que nos encontramos con otros les llevamos a Dios...; llevemos también alegría”. (Madre Teresa)

“María se regocijó porque Dios la había mirado. Alegrémonos también nosotros de que Dios nos ha mirado. Pensemos en todos los dones de El recibidos... y salgamos a compartirlos” (Juan XXIII)

“María se alegra de la actividad de Dios en su vida: ¿encuentra eso un eco en tu propio corazón? Ella se encuentra plena de vida, con un espíritu revolucionario. Se apasiona con la justicia y el Reino de Dios. ¡Pídele que te enciende con la misma pasión!” (P. Pio)

“El poderoso ha hecho grandes cosas para mí”. Recuerda las grandes cosas que Dios ha hecho para ti en tu vida. Agradécelas. ¡Escribe tu propio Magnificat!” (Carlo Acuti)

AQUÍ... ESTACIÓN ECOLÓGICA NUESTRA SEÑORA DE LA ECOLOGÍA

En María vemos el mejor ejemplo de estilo de vida en armonía con la creación, pues ella es modelo máximo de las cualidades que el Papa Francisco propone para un estilo de vida necesario para afrontar el desafío ecológico. Por ejemplo la paz interior: que en todas las personas “tiene mucho que ver con el cuidado de la ecología y con el bien común, porque, auténticamente vivida, se refleja en un estilo de vida equilibrado y sobrio, unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida. La naturaleza está llena de palabras de amor, pero ¿cómo podremos escucharlas en medio del ruido constante, de la distracción permanente y ansiosa, o del culto a la apariencia? (...) “Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo porque se han extendido los desiertos interiores.” Y María es la mujer sobria que contemplaba todo desde su corazón. Además, la caridad. El Papa nos dice: “El amor fraterno sólo puede ser gratuito. Esta misma gratuidad nos lleva a amar y aceptar el viento, el sol o las nubes, aunque no se sometan a nuestro control. El amor social alienta una cultura del cuidado que impregne toda la sociedad”



Para los meses de Septiembre y Octubre, aún tenemos Eucaristías disponibles. Ven y anota a los tuyos.

El grupo de Misioneros Laicos de nuestra Parroquia está rifando \$1'000.000 en bien de la Misión que tendrán dentro de poco. Apoyémosles comprando las boletas que nos ofrecen a la salida del templo, después de las Eucaristías.

**ENTÉRATE
AQUÍ**